

# Propuestas de solidaridad en el Sínodo de América

*Michael Ryan*

**E**l objetivo del Sínodo —tal como lo encontramos en su título oficial— fue el de promover «la conversión, la comunión y la solidaridad» en América Latina. Se comprende muy bien el porqué de este objetivo, sea que pensemos en la lógica esencial de la fe en Cristo, sea que pensemos en la situación empírica de la Iglesia que vive en el continente Americano marcado fuertemente por un norte «rico» y un sur «pobre». Podemos añadir otro motivo también, si pensamos en lo que significa la globalización y mundialización de las relaciones humanas hoy día, pues la misión de la Iglesia en América, y su solidaridad, no termina en los confines del Continente. América también tiene que ser solidaria con el resto del mundo. En este artículo quiero examinar específicamente las propuestas de solidaridad hechas sea en los documentos preparatorios, sea por los participantes en el mismo Sínodo. Las quiero examinar como un ejemplo de aquello que se afirma respecto a la doctrina social de la Iglesia: ésta no se agota en el anuncio de los principios y valores fundamentales, sino que también, en diálogo con las ciencias humanas, formula juicios más concretos sobre sistemas y situaciones, así como orientaciones para la acción de los hombres<sup>1</sup>.

---

<sup>1</sup> Cf. Congregación para la Educación Católica, *Orientaciones para el estudio y enseñanza de la doctrina social de la Iglesia en la formación de los sacerdotes*, 1988, n. 10. Decía en su intervención el Cardenal Eugênio de Araújo Sales, Arzobispo de São Sebastião de Rio de Janeiro. «Mi misión en este momento no es proponer soluciones, sino llamar la atención para la situación actual post-conciliar y provocar interrogantes a favor de una adecuada preparación de la Iglesia en América para el Gran Jubileo. Toca al Sínodo, con la gracia de Dios y la intercesión de la Virgen de Guadalupe, discernir e indicar caminos. Evidentemente como Pastores y no como políticos; como ministros de Dios y no como técnicos en estructuras sociales, siempre conscientes de que toda verdadera fe cristiana tiene prioridad, y su consecuencia es la justicia y el amor entre los hombres»: Boletín n. 04, 17 Noviembre 1997, p. 4-5. Estaremos citando los Boletines de la Oficina de Prensa de la Santa Sede, edición castellana.

## El término solidaridad<sup>2</sup>

Aunque de historia corta, el término solidaridad es uno de los más usados cuando se habla de temas sociales en el ámbito del pensamiento de la Iglesia. El Cardenal Carlo María Martini refiere una investigación que hizo con la computadora en los discursos de Juan Pablo II donde encontró la palabra nada menos que 64,000 veces<sup>3</sup>. Esta familiaridad del concepto presenta una ventaja y una desventaja. La ventaja está en que ha llegado a ser una parte de nuestro bagaje cultural, y esto es un progreso importante. Hay más conciencia de nuestra interdependencia. La desventaja está en que puede diluirse hasta el punto de no hacernos ya ninguna impresión.

Pero, además de la banalización por exceso, se puede dar también una banalización por defecto. Es notable la ausencia del término en la literatura social de cuño liberal, incluso en aquella parte que podemos calificar de cercana a la Iglesia. No quiero decir con esto que no les importe a estos autores la suerte de los pobres. Simplemente constato esta ausencia. En dicha literatura se insiste sobre otros conceptos como son la libertad, la iniciativa y la responsabilidad. Proponen otro camino para resolver los problemas y manifiestan un cierto temor por conceptos que puedan evocar utopías sociales e intervencionismos «desde arriba». Ya conocemos las raíces históricas de estas dos mentalidades: por un lado, una filosofía anglosajona que insiste sobre los derechos del individuo y, por otro, una filosofía que funda la ética social sobre el bien común. Aunque encontramos en cada país exponentes de ambas filosofías, podemos decir que la primera filosofía caracteriza más la cultura del Norte, mientras el Sur se encuentra más influenciado por la segunda. Si la Iglesia en América ha de trabajar unida en el tema de

---

<sup>2</sup>Al principio, el concepto tuvo un origen de tipo sociológico, e indicaba la cohesión que existe entre los miembros de una determinada clase social. En este sentido, se trata de una reacción primaria y espontánea, y no tanto de una decisión deliberada –virtud, como la define la *Sollicitudo rei socialis*. En esta línea sociológica el marxismo hablaba de solidaridad para designar la unidad y la colaboración estrecha entre los obreros, en contraposición a los propietarios detentores del capital. Tenía para los marxistas una connotación incluso de confrontación. Pío XII lo empleará también para hablar de la solidaridad entre los obreros y hoy se oye hablar muchas veces de la solidaridad de unos con otros, por ejemplo en el caso de una huelga; pero, con el tiempo, el término fue cobrando un sentido cada vez más positivo, significando una dimensión de la caridad e indicando, por tanto, un programa más existencialista que político.

<sup>3</sup>Cf. M. Cacciari - C.M. Martini, *Diálogo sobre la solidaridad*, Herder, Barcelona 1997, p. 19.

la solidaridad, es necesario un diálogo entre estas dos formas, con el fin de aprovechar sus virtudes y corregir sus límites. En ambas partes hay recelo mutuo con las inevitables etiquetas. Una mutua comprensión cultural es un paso necesario de solidaridad. La discusión iniciada por Max Weber sobre la ética protestante y el espíritu del capitalismo, no ha terminado y está teniendo nuevos brotes en estos últimos años. Es necesario atender este punto adecuadamente para no seguir con la incomprensión recíproca que puede paralizar la acción.

En los documentos y discursos del Sínodo se habló mucho de solidaridad. A una mirada superficial podría parecer redundante. De hecho, uno podría preguntarse por qué el Sínodo no recibió más atención de parte de los medios y una posible respuesta es que el tema era ya muy «oído». Sin embargo, se hizo un grande esfuerzo para concretar la consigna de solidaridad y los frutos serán abundantes, si el período post-sinodal logra madurar las propuestas hechas y evitar que, por superficialidad o por falta de diálogo, caigan en el cesto de la banalidad. Desde luego, el Sínodo representó para todos los participantes una experiencia fuerte de la unidad que anima a toda la Iglesia en América. Muchos padres y laicos testimoniaron este impacto. No dudamos que de ahí nacerán oleadas sucesivas de solidaridad entre las iglesias particulares que componen el Continente.

Todo el tema de la solidaridad en el Sínodo está calcado sobre la doctrina de la encíclica *Sollicitudo rei socialis*. No hacía falta, por tanto, desarrollar una doctrina como tal. En la encíclica el Sínodo encontró un análisis detallado de la situación del mundo en cuanto a la solidaridad: los problemas (nn. 14-25), los avances logrados (n. 26), las causas y el camino moral de las soluciones (n. 16; nn. 36-40). En su n. 38 señala precisamente la naturaleza profunda del problema, afirmando que se trata de un mal moral (pecado) y no solo de mecanismos anónimos de economía y de política. De esta premisa nace una conclusión importante: si la causa es moral, si depende de actos humanos conscientes, también la solución se encuentra dentro de las posibilidades —y de las responsabilidades— del hombre. Además, la solución pasa necesariamente a través de la conversión<sup>4</sup>. Así, el Papa libera la solidaridad de un significado me-

---

<sup>4</sup>«He creído oportuno señalar este tipo de análisis, ante todo para mostrar cuál es la naturaleza real del mal al que nos enfrentamos en la cuestión del desarrollo de los pueblos; es un

ramente sociológico y la coloca en el ámbito de la capacidad real de los hombres a través de su inteligencia, conciencia y voluntad. En los números 39 y 40 se plantea el problema de la antropología de base que determina la diferencia entre la cultura católica y la liberal en tema económico. Dice el n. 39: «Los que cuentan más, al disponer de una porción mayor de bienes y servicios comunes, han de sentirse responsables de los más débiles, dispuestos a compartir con ellos lo que poseen». Aunque a renglón seguido se dice también cómo los que menos tienen no deben adoptar una actitud pasiva o destructiva, sino que han de poner todo lo que pueden de su parte, la expresión «sentirse responsables de los demás» supone una visión no-individualista de la convivencia social. La encíclica cree que se está difundiendo cada vez más la convicción de que los pueblos son interdependientes. El proceso de globalización parece subrayarlo. Sin embargo, sería utópico creer que este proceso va a cambiar la situación por sí solo. Siempre será necesario insistir en el cambio de corazón.

### **Contenidos de las intervenciones y propuestas de solidaridad**

Las intervenciones que se tuvieron en el Sínodo no fueron más que el eco fiel de esta doctrina y un intento sincero de encontrar caminos de realización en la situación peculiar de la Iglesia en el continente americano. A nivel doctrinal se oyeron muchos de los conceptos de la encíclica y una insistencia sobre la íntima conexión de la comunión con Cristo y la solidaridad, tal como venía señalada en el título general de la asamblea: «Encuentro con Jesucristo vivo, camino para la conversión, la comunión y la solidaridad en América». La comunión en Cristo intensifica la fraternidad, que ya nos une como miembros de la familia humana, y le añade una exigencia mayor. En el *Instrumentum laboris* se puede apreciar un esfuerzo por expresar los fundamentos teológicos y el alcance de la solidari-

---

mal moral, fruto de muchos pecados que llevan a "estructuras de pecado". Diagnosticar el mal de esta manera es también identificar adecuadamente, a nivel de conducta humana, el camino a seguir para superarlo (...). Para los cristianos, así como para quienes la palabra "pecado" tiene un significado teológico preciso, este cambio de actitud o de mentalidad, o de modo de ser, se llama, en el lenguaje bíblico: "conversión" (cf. Mc 1, 15; Lc 13, 35; Is 30, 15). Esta conversión indica especialmente relación a Dios, al pecado cometido, a sus consecuencias y, por tanto, al prójimo, individuo o comunidad. Es Dios, en "cuyas manos están los corazones de los poderosos" (67), y los de todos, quien puede, según su promesa, transformar la obra de su Espíritu los "corazones de piedra", en "corazones de carne" (cf. Ez 36, 26)»: *Sollicitudo rei socialis* nn. 37-38.

dad recordando cómo en la revelación de Jesucristo Dios se muestra solidario con el hombre (AT y NT), exigiendo una misma actitud en su pueblo. Se recalca cómo, en fidelidad a esa revelación, los pastores han producido una abundancia de intervenciones sobre el tema y cómo ha tenido una difusión amplia, si bien no suficiente (nn. 50-52).

A nivel de los problemas abundan descripciones de situaciones en las que urge una solución que solo la solidaridad puede dar. Son los problemas de siempre, con las características propias de cada lugar y de los que ni siquiera los países desarrollados se libran: pobreza, desempleo, migración, relaciones internacionales injustas, un mercado económico dejado a las fuerzas naturales, deuda externa, desigualdades, drogas, la presencia de muchas mujeres entre los pobres, minorías, salud, problemas de bioética, el rol de las transnacionales, concentración urbana, recesión, inflación, especulación, fuga de capitales, armas, corrupción pública, mercado negro, violencia, discriminación, problemas ecológicos, desventajas (además de obvias ventajas) de la globalización, el empobrecimiento creciente de gran número de personas. El *Instrumentum laboris* presenta estos problemas con la nota de «angustiantes» y como «graves desórdenes éticos» (n. 60). Aunque la mayoría de los problemas se referían al ámbito económico hubo también especial mención de la solidaridad en la repartición del clero, así como de algunos problemas de tipo ecuménico. En esta línea se colocó la intervención de Mons. Stephen Sulyk, Metropolitano de Filadelfia, donde se queja de las injusticias y discriminaciones de la Iglesia latina contra los sacerdotes orientales ucranianos en los Estados Unidos<sup>5</sup>.

El Sínodo, como el *Instrumentum laboris*, reconoció cómo la Iglesia universal y la Iglesia en América es una red riquísima de solidaridad, tanto eclesial como extra-eclesial<sup>6</sup>. En este sentido, tuvo palabras de mucha estima por organizaciones como *Caritas*, *Adveniat*, *Kirche in Not*, *Kindersmissionwerk*, *Cor Unum*, *Misereor*, Conferencia Episcopal Italiana, etc.<sup>7</sup>. Estas experiencias indican que la solidaridad es connatural a la Iglesia y muestran el camino por donde hay que seguir. Se oyó hablar también de la creación de una

---

<sup>5</sup>Cf. Boletín n. 5, 17 Noviembre de 1997, p. 10.

<sup>6</sup>*Instrumentum laboris*, 56.

<sup>7</sup>*Instrumentum laboris*, 56.

organización como *Adveniat* en Estados Unidos, «igual o más generosa en recursos que la de Alemania, creada con la contribución de los cristianos del país más poderoso del mundo, para ir en apoyo del dinamismo pastoral de las Iglesias del Sur»<sup>8</sup>. A continuación trataré de presentar otras propuestas concretas que los participantes sinodales hicieron como estímulo para nuestra imaginación creadora.

Lo que se presenta aquí es sólo una selección, sin pretensión de hacer justicia a todo lo que se dijo en el Encuentro. La presento con el fin de comprender mejor el tipo de diálogo que la doctrina social de la Iglesia está llamada a llevar cuando trata de ser fermento en el mundo concreto. Es un diálogo necesario, pero difícil. Se dice que la doctrina social de la Iglesia no pretende ofrecer análisis y soluciones técnicas y esto es verdad. Los pastores tampoco son técnicos. Pero esto no implica que los pastores mismos no puedan y no deban sugerir modos prácticos para resolver los problemas. Evidentemente a este nivel de orientaciones para la acción, se tiene que aceptar el carácter contingente de las acciones sociales y muchas veces se tienen que entregar las iniciativas a técnicos para su implementación. Decía muy bien Aristóteles en su *Ética* a Nicómaco: «Cada tratado será adecuado si tiene toda la claridad que es compatible con la materia en cuestión, pues no hay que buscar la misma precisión en todas las obras del pensamiento» (1094b). Es con este espíritu que los pastores hablan, esperando que los laicos puedan llevar las iniciativas a buen fin con las medidas técnicas que les son propias.

1. Con la presencia de tanta pobreza en el continente americano, el Sínodo no pudo no reafirmar —con los Papas recientes— el valor de la opción de la Iglesia por los pobres y la relación esencial que existe entre evangelización y promoción humana<sup>9</sup>. Suponiendo su

<sup>8</sup>Mons. Oscar Andrés Rodríguez Maradiaga, Obispo de Tegucigalpa y Presidente del Celem, Boletín n. 6, p 6.

<sup>9</sup>He aquí las palabras de el Cardenal Juan Sandoval Íñiguez, Arzobispo de Guadalajara: «El concepto cristiano de solidaridad, como puesta en práctica del mandamiento del amor, tiene su origen en la fe en un Dios siempre solidario respecto al hombre, que crea por amor, que no abandona al hombre caído en el pecado, sino que le ofrece la salvación, que escoge a un pueblo, lo forma y establece con él una alianza de amor y fidelidad. Esta alianza de solidaridad implica un compromiso a la vez religioso y ético, que regula de igual manera la santidad del culto y el respeto a la vida, la vida espiritual y la preocupación por los pobres, los deberes para con Dios y las obligaciones con el prójimo (la práctica de la justicia, la asistencia a los huérfanos, a la viuda, al extranjero y a los marginados de la sociedad...). La Iglesia ha declarado reiteradas veces su amor preferencial por los pobres: el Papa Juan XXIII decía que la Iglesia siendo de todos, quiere ser especialmente iglesia de

recta interpretación se dijo también que la teología de la liberación ha sido una clara manifestación de la preocupación de la Iglesia por estos problemas. En esta línea el Cardinal Alfonso López Trujillo, Presidente del Consejo Pontificio para la Familia, abogó por una campaña de concientización en todo el pueblo de Dios del Continente para dar un paso histórico en la eliminación de las pobreza que claman al cielo<sup>10</sup>. La Iglesia tiene que ser «causa ejemplar de la solidaridad»<sup>11</sup>. Se dijo que, a veces, las sectas entran para llenar un vacío que hay alrededor de los pobres especialmente «ahí donde se oye el grito de la soledad y el desánimo: cárceles, ancianatos»<sup>12</sup>. «El camino de los pequeños pasos» no debe ser olvidado mientras se espera que los proyectos grandes den resultados<sup>13</sup>.

2. La crítica al neoliberalismo durante el Sínodo fue constante y se ofrecieron muchas sugerencias de acción para temperarlo. Se le llama «economía salvaje que trae consigo graves fenómenos de marginalidad y desocupación»<sup>14</sup>. Otro obispo, en el mismo tono decía: «Queremos llamar la atención sobre la grave situación del Continente. Es necesario que el norte se dé cuenta de la globalización del sistema neo-liberal que continúa marginando millones y

---

los pobres... Conversión, comunión y solidaridad son tres caminos que parten de Cristo y llevan a Él, que se entrecruzan, se condicionan y se ordenan intrínsecamente al gran tema de este Sínodo: el encuentro con Jesucristo. Estas tres actitudes básicas del cristiano nacen del encuentro personal con Jesús (cf. Mc 1, 15), que invita al hombre a aquel cambio de actitud y de vida (metanoia). Ese es el primer paso para entrar en comunión (koinonía) con Él y con sus discípulos. La comunión de los creyentes se orienta a su vez a vivir siguiendo las huellas del Siervo de Yahvéh, es decir, a la solidaridad y al servicio (cf. Mt 25, 40): Boletín n. 4, p. 18.

<sup>10</sup>«Permanece en toda su exigencia ética de justicia y solidaridad la opción evangélica por los pobres. Las familias acosadas por el flagelo de la miseria tienen derecho a todo lo necesario para el cumplimiento de su misión y para el logro de su felicidad... Es una causa que congrega a los episcopados y a los pueblos de América en un servicio histórico a la humanidad. Moviliza a los pastores en una nueva y dinámica unidad, profundamente liberadora, con la fuerza de la verdad, sin reduccionismos ideológicos. Libera a la humanidad de la vergüenza histórica actual que será reconocida como tal, así como hoy se reconoce con vergüenza el régimen de la esclavitud y discriminaciones, sobre todo raciales, que imperaron en nuestro continente». Boletín n. 5, p. 3.

<sup>11</sup>Cf. Mons. José Luis Mollaghan, Obispo titular de Teuzi y auxiliar de Buenos Aires, Boletín n. 11, p. 4.

<sup>12</sup>Cf. Mons. Rómulo Emiliani Sánchez, Obispo titular de Nigre maggiori y Vicario Apostólico de Darién, Boletín n. 11, p. 3.

<sup>13</sup>Cf. P. Marcial Maciel L.C, Fundador y Superior General de los Legionarios de Cristo, Boletín n. 20, p. 4.

<sup>14</sup>Mons. Víctor Manuel López Forero, Arzobispo de Nueva Pamplona: Boletín n. 6, p. 6.

millones de pobres en América Latina. No tenemos solamente que combatir los hechos, sino luchar para vencer el sistema de muerte del capitalismo en su terrible fase actual, constituida por el neoliberalismo económico. El texto del Evangelio de San Mateo (25, 31-40) nos invita a esta «opción preferencial por los pobres»<sup>15</sup>. La Iglesia tiene que estar atenta a denunciar las ideologías que, a veces, se esconden detrás de los conceptos aparentemente económicos, como, por ejemplo, el de la globalización<sup>16</sup>.

3. En tonos fuertes se oyeron afirmaciones como la siguiente a propósito de la deuda: «Nos toca cumplir con la obligación de ser conciencia de un mundo que sigue ignorando culpablemente la Ley de Dios, y se rige por leyes humanas de los que detentan el poder de la fuerza económica. A ellos les toca renunciar a estos intereses»<sup>17</sup>. En el mismo tono duro se oyó a Mons. Laurent Monsengwo Pasinya, arzobispo de Kisangani, hablando de parte de los obispos de Africa: «Vayamos al problema económico mundial. Es un hecho constatado que el orden mundial actual tiene como consecuencia que, tanto en el seno de las naciones como en las relaciones internacionales, los ricos son cada vez más ricos y los pobres más pobres. Y eso es porque el sistema está viciado: hay que reformarlo. Con mayor razón si pensamos que, en contra de los postulados comúnmente aceptados, la ley del mercado (la oferta y la demanda) no funciona sólo a partir de mecanismos económicos: los equilibrios entre la oferta y la demanda son con frecuencia más negociados que espontáneos. Suelen representar más bien una voluntad política que unos mecanismos económicos de mercado»<sup>18</sup>. Se podrá preguntar: ¿sirven para algo estas invectivas? Que sirvan como respuesta las palabras de Jacques H. Drèze (Universidad de Louvain, Bélgica): «Como católico no espero que la Iglesia prescriba soluciones a estos problemas; pero sí espero que recuerde enfáticamente a las naciones ricas que la lucha contra la pobreza ha asumido definitivamente dimensiones transnacionales, que es necesario buscar caminos nuevos que no aparecen espontáneamente en el mercado, y que se requiere un compromiso moral de los ciudadanos, de los políticos... y de los economistas en

---

<sup>15</sup>Marcelo Pinto Carvalheira, Arzobispo de Paraíba, Brasil, Boletín n. 5, p. 8.

<sup>16</sup>En este sentido fue la intervención de Mons. Carlos María Collazzi Irazábal, Obispo de Mercedes, Boletín n. 11, p. 6.

<sup>17</sup>Card. Augusto Vargas Alzamora S.J., Arzobispo de Lima, Boletín n. 11, p. 10.

<sup>18</sup>Boletín n. 20, p. 6.

la elección de sus temas de investigación»<sup>19</sup>. El mismo economista declara que hay un consenso de los economistas sobre los méritos de la opción por los pobres, pero que es necesario afirmar también el principio de la necesaria creación de riqueza.

4. Dada la intensidad con que es necesario trabajar en los diversos problemas que el tema de la solidaridad suscita, los padres sinodales hablaron también de la necesidad de asegurar la identidad de la misión de la Iglesia en su trabajo por la promoción integral del hombre, evitando dos extremos negativos: fallar al compromiso social, perder el sentido trascendente. Decía a este respecto el cardenal Eugênio De Araújo Sales: «Un factor importante es el divorcio entre la fe y su influencia en la vida personal y en las estructuras económico-políticas. De aquí nace el escándalo de la grave injusticia social que alcanza a una parte considerable del continente... Ahí se encuentra uno de los mayores desafíos de este Sínodo. Una de las dificultades para enfrentarlo está en la verdadera opción frente a ese dualismo: resolverlo a partir de Dios o llegar a Dios mediante el cuidado prioritario del hombre. Hay, no raras veces, una inversión de valores»<sup>20</sup>. El cardenal Jaime Lucas Ortega y Alamino, de S. Cristóbal de la Habana, habló del cambio de enfoque que se ha verificado y pidió un cambio de rumbo, sugiriendo que, en vez de decir que debemos proceder desde la promoción humana a la evangelización, se haga el camino de la evangelización a la promoción, siendo la evangelización la fuente de la conversión que producirá los cambios<sup>21</sup>. Así se tendría más garantizada «una pastoral de fe y no una pastoral de actividades», según lo que proponía Mons. Patricio Infante Alfonso, obispo de Antofagasta<sup>22</sup>.

5. Muchas veces se presentó al Buen Samaritano como el ejemplo claro de lo que es la solidaridad. Ahí vemos a un hombre «concreto», superando el papel de los roles sociales, entregarse al que encuentra en el camino. La solidaridad diaria hace ola. Esta idea fue presentada en el Sínodo varias veces: mientras no tenemos

---

<sup>19</sup>*Social and Ethical Aspects of Economics. A colloquium in the Vatican*, Vatican City 1992, pp. 46-47. Este coloquio, anterior a la *Centesimus annus*, contiene reflexiones interesantes para comprender la relación entre la doctrina social de la Iglesia y el mundo de la economía.

<sup>20</sup>Boletín n. 4

<sup>21</sup>Boletín, n. 8, p. 4.

<sup>22</sup>Boletín, n. 7, p. 4.

soluciones para todos los problemas, en cambio debemos hacer lo que es inmediatamente factible. En esta línea se propusieron muchas cosas «pequeñas» que en su totalidad produciría grandes frutos: así, por ejemplo, se habló del cumplimiento del 0.7% pedido en Copenhague para los países pobres, que casi nadie ha cumplido; levantar los aranceles y hacer un comercio menos competitivo y más «colaborativo» con los países más débiles. De hecho, un acceso más libre al mercado internacional significaría para muchos más ingreso de lo que reciben ahora en ayuda internacional. En esta línea, Mons. Luis Morales, Arzobispo de Torreón, México pidió la elaboración de una encíclica sobre «Ética y Globalización». Se presentaron también las comunidades eclesiales de base como un camino factible y original de la Iglesia en América Latina para hacer frente a los problemas integrales de la comunidad sobre la base de una acción solidaria local<sup>23</sup>.

6. Dentro de la Iglesia se habló de una mejor distribución de los sacerdotes como una manifestación concreta de solidaridad. En el Sínodo se pudo ver con mucha claridad esta tendencia a la «globalización» también en la Iglesia. Si América Latina tiene la mitad de los cristianos del mundo, se preguntó por qué no tiene también la mitad de los misioneros. El cardenal Anthony Bevilacqua, Arzobispo de Filadelfia, pedía iniciativas de colaboración del Sur hacia el Norte, tomando en cuenta que la población hispanoparlante de los Estados Unidos está creciendo fuertemente y alcanzará la cifra de 88 millones en el año 2050. El «hermanar» y ofrecer años de servicio para ayudar a los propios emigrados, fueron otras tantas propuestas que se oyeron en el aula sinodal sobre el tema<sup>24</sup>. En el mundo de la globalización se necesita esta visión «global» y la tradicional disponibilidad de la vocación sacerdotal parece especialmente preparada para afrontar estos retos. Los seminarios tendrán que tomar nota de todo esto introduciendo, por ejemplo, el aprendizaje de varios idiomas.

7. Un Sínodo de todo el continente Americano tenía que tratar el tema de la emigración. Aquí se oyeron algunas quejas amargas, pues muchas veces la «apertura» entre el Norte y el Sur sólo se refiere al intercambio de comercio y de dinero, pero las fronteras se

---

<sup>23</sup>Mons. Rodolfo Wirz Kraemer, Obispo de Maldonado-Punta del Este, Boletín n. 11, p. 4.

<sup>24</sup>Mons. Pedro Rubiano Saénz, Obispo de Bogotá, Boletín n. 7, p. 8.

quedan clausuradas para las personas<sup>25</sup>. Aunque no veo que se hiciera la comparación en el Sínodo, valdría la pena hacer una confrontación con la manera en que se llevó a cabo la creación del Mercado Común en Europa, donde hubo una mayor ayuda a los países más débiles y donde la apertura comercial va aparejada con la apertura migratoria. Es de esperar que también en América se llegue a una mayor libertad de movimiento en cuanto a la emigración, pues así los problemas económicos que puedan surgir en una parte pueden ser compensadas con la posibilidad de buscar trabajo en otra.

8. Una propuesta muy interesante fue presentada por Mons. Ávila del Águila, de Jalapa, Veracruz. Se trataba de aplicar el criterio de ayuda internacional para los momentos de «desastre económico» y no reservarlo sólo para momentos de desastres naturales (terremotos, etc.). Con este mismo espíritu, otros sugerían también que se podría canjear la deuda externa por programas ecológicos<sup>26</sup>.

9. El apoyo a las causas indígenas es otra prioridad importante si la Iglesia quiere arraigarse en estas comunidades. Decía a este respecto un obispo: «Debemos apoyar los esfuerzos realizados por los pueblos indígenas para obtener justicia con respecto a los tratados: derechos para la explotación del suelo y de las aguas, educación, alojamiento, asistencia sanitaria, servicios sociales, formación, Ocupación y uso de las tierras sagradas. Tenemos que proclamar la causa de su supervivencia. Si no nos unimos a ellos en la búsqueda de la justicia, no será posible enfrentar con éxito ningún otro aspecto de la crisis que ellos están viviendo y por tanto corremos el riesgo de perderlos para siempre»<sup>27</sup>.

Aquí tenemos un botón de muestra de lo que se decía en el Sínodo a propósito de la solidaridad. Sin proponérselo explícitamente, siguió el proceso clásico del ver y del juzgar. Los problemas señalados fueron muchos, las propuestas también abundantes. Para el documento final, el Santo Padre tiene en sus manos un material precioso; pero ya desde ahora se puede y se debe pensar en la actuación.

---

<sup>25</sup>Cf. Mons. Sergio Contreras Navia, Obispo de Temuco, Boletín n. 9, p. 6.

<sup>26</sup>Cf. Boletín n. 9, p. 10.

<sup>27</sup>Mons. Donald Edmond Pelotte, Obispo de Gallup, Boletín n. 20, p. 3.

Hay acciones de solidaridad que se refieren a la vida misma de la Iglesia. La distribución del clero es una de las propuestas más claras y más urgentes. Creo que este punto tendrá un desarrollo inmediato.

Hay otras acciones que se colocan en el ámbito de la caridad privada y aquí la Iglesia tiene un campo enorme. Varios padres sinodales mencionaron la figura de la Madre Teresa y cómo su testimonio logró impactar el mundo entero. América podrá tener muchos testimonios de esta categoría en el futuro.

Se puede hacer mucho por la solidaridad luchando contra la corrupción, la droga, la carrera armamentista, el clientelismo político, etc. Es importante cultivar un sentido de la legalidad, porque es una forma eminente de practicar la caridad social. La Iglesia y los cristianos tienen que dar testimonio de saber ser buenos ciudadanos. Es fácil quejarse de los grandes problemas y no darse cuenta de la importancia de los actos diarios en este campo.

Finalmente, están las acciones que inciden sobre los mecanismos económicos y políticos. En este ámbito se pidió en el Sínodo un diálogo con los «expertos», reconociendo que no se podrá presentar propuestas concretas sin un estudio técnico también de su viabilidad. Aquí hay mucho que reflexionar. A veces estos estudios «técnicos» vienen muy permeados de ideologías ajenas a la ciencia. Otras veces, los «expertos» están ligados, por una razón u otra a intereses de otros grupos de poder. Otras veces existe simplemente una variedad grande de opiniones sobre el modo de proceder. Una cosa es clara: la sociedad necesita un sistema ágil para corregir los errores que se cometen en campo social. En estas materias contingentes es inevitable que se cometan errores de cálculo. Lo que es imperdonable es que un error perdure, se repita y, a veces, se camufle como dogma, como «modernización».

En este ámbito del diálogo con las ciencias se presenta como una tarea importantísima para la Iglesia. Su doctrina social tiene que «alcanzar y transformar con la fuerza del Evangelio los criterios de juicio, los valores determinantes, los puntos de interés, las líneas de pensamiento, las fuentes inspiradoras y los modelos de vida de la humanidad que están en contraste con la Palabra de Dios y con el designio de salvación»<sup>28</sup>. Cada día se ve con mayor claridad cómo

---

<sup>28</sup>Pablo VI, *Evangelii nuntiandi* n. 19.

las ideas éticas tienen que permear la economía y la política desde sus raíces y no viniendo a posteriori solo a juzgar los actos ya perpetrados. La denuncia profética es necesaria, pero más necesaria es la presencia del fermento de la fe en la creación misma de las teorías: «La Doctrina Social de la Iglesia ofrece a la política y a la economía, pero sobre todo a la inmediata percepción de todo lo que es humano, la amplitud y profundidad que permiten mantener en pie los anhelos sociales más nobles de la vida, y al mismo tiempo señala a éstos vías de plena realización»<sup>29</sup>.

**MICHAEL RYAN, L.C.**

Irlandés. Es doctor en Filosofía por la Universidad Gregoriana y licenciado en Teología por la Universidad de Santo Tomás (*Angelicum*), de Roma. Es actualmente profesor de ética social y de doctrina social de la Iglesia en el Ateneo Pontificio Regina Apostolorum, en Roma. Enseña también «Moral Philosophy of Management» en la escuela DUXX, *Graduate School of Business Leadership in Monterrey*, México.

---

<sup>29</sup>Mons. Emilio Carlos Berlie, Obispos de Yucatán, Boletín n. 11, p. 3.

